

Elegidos antes de la creación del mundo. Verbo e imagen en la doctrina del Beato J. Escrivá de Balaguer sobre la persona humana

*M^a Jesús Soto Bruna
Universidad de Navarra, España*

1. LA IMAGEN EN EL DESIGNIO DE DIOS EN EL VERBO

Es el del Beato Josemaría Escrivá ante todo un mensaje de claridad y de orientación; sus escritos han puesto de relieve en la actualidad que la tesis bíblica según la cual «el mundo ha salido de las manos de Dios» y que «Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza»¹, constituye el más certero y firme pilar para descubrir el sentido último del ser del hombre y de su quehacer en el mundo. En lo que se refiere al ser humano, «ambos términos —imagen y semejanza— aparecen siempre unidos, como complementándose, para expresar, de forma acorde con el lenguaje de la Revelación, la dignidad del hombre tal como ha sido creado por Dios»². Concretamente, ha subrayado en nuestros días la peculiar dignidad que —en su racionalidad y libertad— constituye y conforma a la persona, en tanto que objeto de un designio eterno, sapiente y personal, por parte de Dios creador; extrayendo de ahí el panorama que configura la finalidad y la verdad del ser y del hacer del hombre en esta tierra.

La doctrina de Escrivá de Balaguer surge en efecto en el mundo contemporáneo después de la época de la secularización, la cual, disociando la fe de la razón, apartó decididamente a Dios del cosmos y —en consecuencia— cargó sobre el hombre la ardua tarea de la conquista de sí mismo. Así, en el ámbito del creacionismo cristiano, su obra entera ha venido, no únicamente a recordar, sino

¹ *Es Cristo que pasa*, 10. Cfr. *Gen* 1, 26.

² G. ARANDA, *Gen. 1-3 en las homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica», 24/3 (1992), 907.

a desentrañar el significado de la más profunda e íntima verdad sobre la persona humana. En sus palabras: «¿Qué verdad es esta, que inicia y consume en toda nuestra vida el camino de la libertad? [...] Saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre»³. Pues, en efecto, tanto la creación a la que alude *Génesis* 1, 1, en el Antiguo Testamento, como el *principio* del que habla el Evangelio de San Juan, comportan la voluntad esencialmente libre y soberana de Dios. Esto es, que el despliegue del tiempo está subordinado a un designio que únicamente Dios es capaz de realizar, y ello no bajo la presión de una necesidad interior, sino gratuitamente⁴: de esa elección personal y de esa gratuidad pende en su núcleo fundamental la dignidad de la naturaleza humana.

A la luz de ese designio divino, la razón humana —abierta más allá de los límites de su subjetividad— puede reconocer la condición de creadas de la que todas las cosas del mundo son portadoras: el hombre «desvela la palabra divina que yace inconsciente en ellas, la palabra creadora»⁵. Con ello, esta tierra deja de ser un sitio inhóspito, abandonado por un Dios “en Sabath”, en el que el hombre hubiera de construirse un lugar de defensa o un ámbito de dominio. Al contrario, el mundo muestra su horizonte de belleza y de verdad; espacio, en cierto modo de la trascendencia divina⁶. Pues, en efecto, mediante su creación, Dios no se aleja del mundo, no deja de estar presente en él⁷: creado mediante el Logos, el mundo se encuentra transido por la “lógica divina”⁸; lógica esta que es ante todo

³ *Amigos de Dios*, 26.

⁴ Cfr. F.M. BRAUN, *La lumière du monde*, «Revue Thomiste», 64/3 (1964), 341.

⁵ A. ARANDA, *Perfiles teológicos de la espiritualidad del Opus Dei*, «Scripta Theologica», 22/1 (1990), 104.

⁶ «Al reto de la época de la secularización, la Iglesia responde con Escrivá de Balaguer de la manera más radical y eficaz: no atrincherando al cristiano tras una barricada construida para su defensa, ni tampoco arriesgándolo ingenuamente al aceptar una cultura que se propone anularlo, sino afirmando que la encarnación del Verbo es el fundamento perennemente actual y operante de la transformación del hombre en Cristo y, a través del trabajo del hombre, de toda la creación. ¿Cómo no recordar el estremecimiento de San Pablo cuando oye el gemido de la creación, señalada con el pecado del hombre, que espera la revelación de los hijos de Dios? (*Rom* 8, 19-22)», C. FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia*, en: C. FABRO - S. GAROFALO - M.A. RASCHINI, *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1993, p. 101.

⁷ «Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está a nuestro lado», *Camino*, 267.

⁸ Cfr. F. OCÁRIZ, *Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia*, en: M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*. (Actas del Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 de octubre de 1993), Pamplona 1996, p. 46.

luz y claridad, y ello de un modo tal que el hombre llega a «descubrir y vivir la trascendencia en la inmanencia»⁹. Iluminada la inteligencia humana desde esta verdad, el obrar del hombre en este mundo es visto a través de un nuevo prisma, a partir del cual se comprende que es camino para su fin eterno y trascendente. Y es este sin duda uno de los pilares en los que se funda el mensaje espiritual del Beato Josemaría en lo que se refiere a la llamada universal a la santidad en la vida corriente: «Cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios»¹⁰; y, en consecuencia, el hombre de fe difunde entre quienes le rodean el «sentido trascendente de nuestra vida en la tierra»¹¹.

El hombre mismo redescubre en sí mismo la huella de la predilección divina en su condición de imagen y en la libertad de su obrar: «La fe cristiana, [...] nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos, y podemos —con la gracia del Cielo— construir nuestro destino eterno»¹². Pues es precisamente al hombre, dotado de razón y libertad, a quien le pertenece la esencial tarea de expresar ese «splendor de la verdad» que «brilla en todas las obras del Creador»¹³; y entonces «hacer de la creación un hogar humano: un ámbito de encuentro con Dios»¹⁴.

Esta consideración acerca de la dignidad creatural de la persona humana ha inspirado la predicación del Beato J. Escrivá de Balaguer desde 1928, fundamentalmente desde los dos puntos focales que orientan su doctrina: la filiación divina¹⁵ y la llamada universal a la santidad en la vida corriente y ordinaria¹⁶;

⁹ C. FABRO, *El templo de un Padre de la Iglesia*, cit., p. 61.

¹⁰ *Conversaciones*, 16.

¹¹ *Conversaciones*, 95. «En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria». *Ibidem*, 116.

¹² *Es Cristo que pasa*, 99.

¹³ JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, Saludo.

¹⁴ A. ARANDA, *Perfiles teológicos*, cit., p. 104.

¹⁵ «La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei», *Es Cristo que pasa*, 64. Cfr. Sobre el sentido de la filiación divina en el Beato Josemaría se han publicado varias obras, entre las que cabe destacar las siguientes: F. OCÁRIZ - I. DE CELAYA, *Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el beato Josemaría*, Pamplona 1993, esp. el estudio de F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica», 13/2-3 (1981); F. FERNÁNDEZ CARVAJAL - P. BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el beato Josemaría*, Madrid 1995². Es preciso señalar asimismo el siguiente artículo, de gran profundidad teológica: J. BURGGRAF, *El sentido de la filiación divina*, en: M. BELDA - J. ESCUDERO - J. L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo*, cit., pp. 109-128.

¹⁶ «Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino

donde el punto de partida es el reconocimiento de la propia dependencia de un Dios personal, que es Padre de todos los hombres: «El que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima»¹⁷. Verdad esta que indica que tanto el origen como el destino final del ser humano se hallan transidos de eternidad, cobrando entonces un relieve inusitado el horizonte del tiempo: pues procede de Dios y a Dios se ordena. Como se ha escrito: «Si buscamos una comprensión honda, radical y realista de nuestra vida, antes que nada hemos de levantar nuestra vista hacia el Cielo, porque sólo en Dios, en su designio global sobre la historia nuestra, podemos encontrar el *porqué* y el *para qué* de la existencia. No sólo porque somos criaturas, sino porque, además, “hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con Dios mismo”»¹⁸. Y ha recordado asimismo el Concilio Vaticano II en el n. 19 de la Constitución *Gaudium et spes*: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios».

Sin duda alguna, estas consideraciones acerca de la persona humana no se hallan deducidas en las obras del Beato Josemaría a partir de una investigación teórica o de un pensamiento propio, sino «a la luz del carisma fundacional»¹⁹ y de la propia Revelación cristiana, donde la intencionalidad inmediata es «más espiritual que teológica». No obstante, «es evidente que se pueden distinguir en ellas los elementos configuradores de un pensamiento teológico-espiritual nítidamente expresado y, en consecuencia, pueden establecerse las bases de su eventual sistematización»²⁰. En este sentido, podemos afirmar que la visión de la persona que se desprende de sus textos se halla fundamentada en la consideración del designio creador de Dios en su Verbo y en la contemplación del misterio de la encarnación del Verbo eterno, de Cristo, en quien la verdad sobre el hombre se revela

que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición personal, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo», *Es Cristo que pasa*, 100.

¹⁷ *Amigos de Dios*, 26.

¹⁸ F. OCÁRIZ, *La filiación divina*, cit., pp. 517-518.

¹⁹ Para una aproximación al conocimiento de la persona del Beato Josemaría como Fundador: J. ORLANDIS, *Biografías del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Reseña de las publicadas entre los años 1976 y 1995*, en: «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer». Separata de «Anuario de Historia de la Iglesia», 6 (1997), 675-684.

²⁰ A. ARANDA, *Introducción* a: C. FABRO - S. GAROFALO - M.A. RASCHINI, *Santos en el mundo*, cit., pp. 11-15.

ejemplarmente al hombre mismo²¹; y es justamente la contemplación hecha vida de este misterio el centro de la doctrina de Escrivá de Balaguer: «Existe una realidad que salta a la vista en cuanto uno se acerca a la vida de Mons. Escrivá de Balaguer o entra en contacto con sus escritos: un sentido muy vivo de la presencia de Cristo»²². La verdad del hombre en Cristo anima en efecto su entera enseñanza acerca de la vocación divina de toda persona humana y el reconocimiento de que la respuesta a ese requerimiento divino se cumple a través de la vida ordinaria en este mundo²³. Consideración esta que esclarece y guía de un modo definitivo el humano existir, como un «resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección»²⁴. Se trata aquí de la convicción de que el entero orbe de lo real, en el que el ser humano se inserta, interpreta y actúa, esconde tras de sí un sentido último, oculto y manifiesto a la vez, un *algo divino*, y que el hombre lo descubre y desvela en la medida en que advierte que no ha sido otorgado por él mismo. El mundo es visto como “vestigio” del Absoluto, y la persona como configurada “a imagen” del Dios creador.

²¹ Podemos recordar a este respecto —como se ha hecho ya en numerosas ocasiones— que Mons. Escrivá se adelantó a su tiempo, en el sentido de que muchas de las intuiciones inspiradoras de su mensaje se confirmaron durante el Concilio Vaticano II. Basta recordar, en el tema que nos ocupa, el siguiente texto: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...] El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual», CONCILIO VATICANO II, Const. Apost. *Gaudium et spes*, 22. Como, posteriormente, ha venido a subrayar Juan Pablo II: «En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella y, al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia», JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, 11.

²² J. RATZINGER, *Mensaje inaugural*, en el *Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*, Roma, 12-14 de octubre de 1993. Publicado en: M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo*, cit., p. 30. Cfr. *Camino*, 584.

²³ «Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino», *Es Cristo que pasa*, 14. Y, sobre todo, es la muerte de Cristo lo que revela definitivamente la grandeza del hombre y del mundo: «Jesús en la Cruz, con el corazón traspasado de Amor por los hombres, es una respuesta elocuente —sobran las palabras— a la pregunta por el valor de las cosas y de las personas», *Es Cristo que pasa*, 165.

²⁴ *Es Cristo que pasa*, 14. Cfr. *Rom* 13, 11-12: «Ya es hora de despertar de nuestro letargo, pues estamos más cerca de nuestra salud que cuando recibimos la fe. Dejemos, pues, las obras de las tinieblas y vistámonos de las armas de la luz», citado en *Es Cristo que pasa*, 14.

De este modo, para el ser humano, conocer las cosas verdaderamente significa conocerlas en su ser causado y, en última instancia, implica conocer su causa, impresa ya —según la ley de la analogía— en el ser mismo de las cosas; y grabada en el hombre a modo de imagen. La penetración en el sentido de esta tesis obliga sin duda a ir más allá de la analogía filosófica, para acceder a la analogía de la fe. Quiere decirse con ello que la presencia de la verdad creadora en las cosas y la comprensión de la persona humana como “ad imaginem Dei” remiten necesariamente al ámbito teológico²⁵. Este último esclarece que el conocimiento fundante de la verdad a la que el hombre puede acceder es —insisto, en el contexto de una teología de la creación—, precisamente, el que Dios posee en su Verbo de todas las cosas²⁶, una vez admitida la dotación cognoscitiva que posee el hombre como criatura racional. El Verbo es aquí, en el cristianismo, la Palabra eterna con la que Dios ha creado todas las cosas, que se ha manifestado a los hombres en su encarnación, mostrando la verdad de Dios²⁷. En esta perspectiva, la persona humana aparece como a imagen del que es imagen perfecta, el Verbo encarnado, y cuya encarnación constituye para él como la luz de una verdad que guía su movimiento hacia la perfección: se trata de una antropología fundada en una teología, para la que la imagen del Verbo es sin duda el modelo principal en el cual puede el hombre mirarse y a su través perfeccionarse²⁸.

²⁵ Cfr. en este punto, la relación entre la analogía del ente y la analogía de la fe, en: J.M. ROVIRA BELLOSO, *La Teología del Padre*, «Scripta Theologica» 20/2-3 (1988), 508-512.

²⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 34, a. 3, sol.: «Dios con un solo acto se conoce y lo conoce todo, su Verbo es expresivo no sólo del Padre, sino de toda criatura. Y así como la ciencia de Dios con respecto a Dios es sólo cognoscitiva; y con respecto a las criaturas es cognoscitiva y efectiva, así también el Verbo de Dios con respecto a Dios Padre, es sólo expresivo, y con respecto a las criaturas es expresivo y operativo». Con esta doctrina, considero que es Tomás de Aquino quien, en la tradición, mejor ha explicado el fundamento del mundo y del hombre en el Verbo-Logos de Dios. En efecto, ha sostenido a partir de ahí la constitución eterna de la criatura en el Verbo de Dios, siendo, en la realidad actualmente existente, una *similitud imitativa* de su origen. Puede decirse con ello que la doctrina tomista del Verbo, además de responder al tema propiamente teológico de la Trinidad, ofrece una respuesta racional a la cuestión del origen de la criatura. Así lo ha expresado en otro lugar: «El Padre contiene en su ciencia a toda criatura, en cuanto ejemplar de toda criatura»; «el Verbo es una similitud de la criatura, no como su origen, sino como su ejemplar», *De Veritate*, q. 4, a. 4, *ad 1 y ad 2*.

²⁷ Cfr. A. MARCHESI, *Dal 'Lógos' greco al 'Lógos' cristiano*, Parma 1984, p. 83. Cfr. asimismo *Ioh* 1, 18; 8, 54-58; 12, 44-50; 17, 1-25.

²⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 35, a. 2: «La imagen de un ser puede hallarse en otro de dos maneras; de una, cuando se halla en un ser de la misma naturaleza específica; y así es como se halla la imagen de un rey en su hijo; de otra, en un ser de naturaleza distinta, como la imagen del rey en la moneda. Según el primer modo, el Hijo es imagen del Padre, mientras que el hombre se llama imagen de Dios conforme al segundo. De aquí que, para expresar la imperfección de la imagen en el hombre, no sólo se dice que es imagen, sino “a

No se trata aquí de una predeterminación del fin, de modo que quedara coartada la radical libertad humana —donde se cumple, junto con su racionalidad, su constitutiva condición de imagen—, pues el misterio permanece siempre en su índole, por así decir, superracional. No obstante, en el misterio, la persona es capaz de descubrir el sentido que guía y orienta definitivamente sus pasos en este mundo. Por ello ha podido escribirse que «sólo en el misterio del Verbo encarnado se encuentra *ab eterno* el origen, el sentido y el fin de la existencia de cualquier persona humana»²⁹.

De un modo muy particular, la contemplación del misterio de Cristo, «perfectus Deus, perfectus homo», anima una de las más grandes y específicas virtualidades que se contienen de un modo novedoso en la doctrina del Beato Josemaría Escrivá. Se trata esta de la consideración de que la plenitud de la vocación del hombre a la unión con Dios puede cumplirse en el vivir cotidiano, donde la humana existencia cobra —a la luz de esa fe— su auténtica dimensión de trascendencia, sin la cual la naturaleza humana no adquiere la perfección que requiere. De ahí que haya denunciado tanto el laicismo que —fruto de la conciencia de la modernidad— ha recortado esa dimensión trascendente de la existencia humana, como el *pietismo*, el cual, al contrario, aleja al hombre del núcleo de su actividad mundanal: «Para los primeros —ha escrito con firmeza— las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que *el Verbo se hizo carne*, hombre, y *habitó en medio de nosotros*»³⁰. Para el Beato Josemaría es justamente la vivencia de la presencia de Cristo aquello que le lleva a recordar y a proclamar en nuestros días la grandeza de la vida humana diaria, en su característica cotidianeidad, su peculiaridad dignidad y, en consecuencia, la dignidad de su obrar en el mundo, fruto asimismo de un acto creador y propuesto a la mirada humana para descubrir en él su auténtica finalidad; «os recuerdo —escribió— que la grandeza de la andadura a lo divino es el cumplimiento de las obligaciones habituales de la jornada»³¹, y, sobre todo, «aprendemos de Él [Cristo] que no es cristiano compor-

imagen”, para designar un cierto movimiento que tiende a la perfección. En cambio, del Hijo, no puede decirse que sea “a imagen”, porque es imagen perfecta del Padre». Cfr. U. DEGL’INNOCENTI, *Il problema della persona nel pensiero di S. Tommaso*, Roma 1967.

²⁹ F. OCÁRIZ, *Vocación a la santidad*, cit., p. 38. Cfr. C. IZQUIERDO, *Cristo manifiesta el hombre al hombre mismo*, en: VV.AA., *Dios y el hombre*, (dir.: A. ARANDA ET AL.), Pamplona 1985, pp. 659-674; del mismo autor: *Dios Trino que se revela en Cristo*, en: VV.AA., *Dios en la Palabra y en la Historia*, (dir.: C. IZQUIERDO ET AL.), Pamplona 1993, pp. 215-240.

³⁰ *Amigos de Dios*, 74. Cfr. *Iob* 1, 14.

³¹ *Ibidem*, 8. «Jesús toma en serio al hombre, y quiere darle a conocer el sentido divino de su vida», *Es Cristo que pasa*, 109.

tarse mal con el hombre, criatura de Dios, hecho a su imagen y semejanza»³². Es precisamente la vivencia de esta fe la que le llevó a ver de un modo claro, con la nitidez de una luz que sobrepasa la fuerza de la razón discursiva, que la vida humana se halla transida en toda su extensión por la trascendencia divina: «De lejos —allá en el horizonte— parece que el cielo se junta con la tierra. No olvides que, donde de veras el cielo y la tierra se juntan, es en tu corazón de hijo de Dios»³³.

A partir de aquí, la vida humana cobra una novedosa dimensión, pues cualquier ámbito de actividad es considerado en su ligazón a la trascendencia divina, en la perspectiva de una misión divina: «Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional, hablando con rigor no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles y aún indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres. [...] “Porque en Cristo plugo al Padre poner la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el Cielo y la Tierra, por medio de la sangre que derramó en la Cruz” (Col 1, 19-20)»³⁴.

Desde la perspectiva anterior, se advierte la continuidad entre la creación divina y la redención tras el pecado del hombre, pudiéndose hablar —a partir de esta última— «de una nueva verdad y de una nueva lógica»³⁵ para el mundo y para la persona humana. Además, debe considerarse que la creación, como acto propio de un Absoluto que es Persona, implica la donación de ser al mundo; y, de un modo especial, es vista como Dios que llama al hombre. No tiene entonces el sentido de un brusco arrojamiento a la existencia, tras el cual el Creador quedaría oculto y alejado de su obra. Pues Dios, al crear al hombre, le ha mostrado asimismo el camino que recorrer para responder a la llamada divina. Tal camino es

³² *Amigos de Dios*, 73. Cfr. *Gen* 1, 26.

³³ *Surco*, 309.

³⁴ *Es Cristo que pasa*, 112. Cfr. *ibidem*, 120. «Para encontrar a Dios y unirse con Él no es necesario abandonar el mundo y la condición de vida que, dentro del mundo, a cada uno le sea propia, ya que a Dios cabe encontrarle y amarle en el mundo y a partir de las cosas del mundo: la luz de la fe y la fuerza de la gracia nos hacen en efecto reconocer al mundo como venido de Dios y nos permiten orientarlo y conducirlo hacia Él», J.L. ILLANES, *Iglesia en el mundo: la secularidad de los miembros del Opus Dei*, en: P. RODRÍGUEZ - F. OCÁRIZ - J.L. ILLANES (eds.), *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid 1993, p. 210.

³⁵ Así se ha expresado F. Ocáriz, en la página 46 de su artículo, ya citado, sobre *Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia*, haciendo referencia ahí mismo al libro de J. RATZINGER, *Creación y pecado*, Pamplona 1992. El comentario a este punto se encuentra asimismo, y entre otros en: J.L. ILLANES, *Iglesia en el mundo*, cit., pp. 205ss., donde cita, en la nota 5, la bibliografía fundamental al respecto.

su propia Verdad, la verdad de su Palabra: el Verbo encarnado, quien cumple perfectamente su ser imagen de Dios, siendo a la vez el modelo para la perfección a la que es requerido el ser humano³⁶.

Puede hablarse entonces en el Beato Josemaría de una teología cristocéntrica fundante, la cual desemboca en una antropología de la imagen³⁷, en la que la verdad del hombre se halla configurada desde la eternidad, en el designio de Dios en su Verbo-Logos. Tal me parece el sentido de la reflexión sobre *Eph* 1, 4 que se halla a la base de los textos del Santo sobre la vocación del hombre, donde el apóstol Pablo declara que el «Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo», «en Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos»³⁸. La cita revela con claridad un designio certero de Dios para el hombre, un designio eterno, sapiente y personal. Así, lo que es el hombre se halla configurado en su verdad antes incluso de la creación, en el Logos eterno del Creador. Por ese motivo, desvelar la verdad sobre el ser humano supone remontarse al designio de Dios en su Verbo-Logos, en quien, según la tradición, «el Padre, diciéndose a sí mismo, dice toda criatura; pero el Verbo con el que se ha dicho a sí mismo es el Hijo; luego por el Verbo que es el Hijo dice toda criatura»³⁹. A este respecto, el Beato Josemaría, siguiendo la inspiración paulina, ha querido llamar la atención sobre

³⁶ Para comprender y vivir esa verdad, se requiere una transparencia del alma: «Jesús es el camino. [...] Somos los hombres los que a veces no alcanzamos a descubrir su rostro, perennemente actual, porque miramos con ojos cansados o turbios», *Amigos de Dios*, 127. «Hemos de aprender de Él, de Jesús, nuestro único modelo», *ibidem*, 128. «Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, “*adoptionem filiorum recipere*!” (Gal 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (cfr. Rom 6, 4-5), liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Eph 1, 5-10), que los ha reconciliado con Dios (Col 1, 20)», *Es Cristo que pasa*, 65.

³⁷ Cfr. el desarrollo de esta idea, a propósito de las enseñanzas de Juan Pablo II: J.L. ILLANES, *Antropocentrismo y Teocentrismo en la enseñanza de Juan Pablo II*, «Scripta Theologica», 20/2-3 (1988), 643-665; p. 653: «La cristología puede y debe prolongarse en una antropología». Cfr. asimismo: L.F. MATEO-SECO, *Cristo, Redentor del hombre (Análisis de la cristología contenida en la ‘trilogía trinitaria’ de Juan Pablo II)*, «Scripta Theologica», 20/2-3 (1988), 523-549; p. 523: «El teólogo descubre aquí un magnífico ejemplo de cómo se unen armónicamente teocentrismo y antropocentrismo». Y en el Beato Josemaría, la idea de que su concepción antropológica es el punto de llegada de su visión cristológica previa: A. ARANDA, *El cristiano, ‘Alter Christus, ipse Christus’ en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O’CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo*, cit., pp. 157-161.

³⁸ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 1-3; *Amigos de Dios*, 2.

³⁹ TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q. 4: “*De Verbo*”, a. 4, *sed contra*.

la dimensión de eternidad que posee la llamada que Dios hace al hombre mediante la creación: «Tu y yo —ha escrito— somos hijos de Dios [...], escogidos por la llamada divina desde toda la eternidad: ‘nos eligió el Padre, por Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia’ (Eph 1, 4)»⁴⁰.

El existir humano queda definitivamente iluminado desde ese designio, que es de amor, concretado y expresado en el Logos divino; como se ha escrito, «es un designio que se hace más y más concreto, ya que el Logos de Dios toma la figura del hombre Cristo Jesús. Por eso podemos decir con Tomás de Aquino: ‘En el Padre estaba el Hijo’. En el principio existía la Palabra como designio sapiente y lleno de amor del Padre. Esta es la suprema razón por la que siempre y en todo momento podemos decir: *no estamos solos*. [...] Somos hijos en el ámbito de la comprensión del Logos-Hijo»⁴¹. Esta verdad de la filiación divina del hombre en el Verbo y su clarificación a través de la encarnación constituye sin duda el núcleo de la doctrina del Beato J. Escrivá de Balaguer sobre el ser de la persona humana y de su vocación de eternidad a través de su camino en el mundo: «Mons. Escrivá hace constantemente hincapié en esa dignidad del hombre, según su naturaleza, y ve ahí el fundamento en el que se apoya y se desarrolla la llamada divina al seguimiento de Cristo»⁴².

2. RAZÓN HUMANA Y LOGOS DIVINO

«Elegit nos in ipso ante mundo constitutionem ut essemus sancti»⁴³. Ciertamente, Dios, antes de la constitución del mundo, ha pensado —en su Verbo eterno— en el hombre; lo ha llamado —a través de su Palabra creadora— a una finalidad muy determinada, la santidad. El «objetivo de la elección divina» es «ut essemus sancti», «la santidad personal»⁴⁴. Además, ha mostrado a todo hombre el camino para cumplir esa apelación creadora a través de la encarnación del Verbo, de tal modo que a su luz se revela a la persona humana la verdad de su

⁴⁰ *Amigos de Dios*, 160.

⁴¹ J.M. ROVIRA BELLOSO, *La Teología del Padre*, cit., p. 501. La cita de Tomás de Aquino se refiere a: *Super Evangelium sancti Ioannis Lectura*, I, 1.

⁴² G. ARANDA, *Gen. 1-3 en las homilias del Beato Josemaría Escrivá*, cit., p. 908.

⁴³ *Eph 1, 4*.

⁴⁴ *Es Cristo que pasa*, 3. De un modo preciso, esa llamada a la santidad significa que «hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres», *Es Cristo que pasa*, 133.

existencia. «Vosotros y yo —escribía el Beato Josemaría— formamos parte de la familia de Cristo, porque “Él mismo nos escogió antes de la creación del mundo para que seamos santos y sin mancha en su presencia por la caridad, habiéndonos predestinado como hijos adoptivos por Jesucristo, a gloria suya, por puro efecto de su buena voluntad” (Eph 1, 4-5). Esta elección gratuita, que hemos recibido del Señor, nos marca un fin bien determinado: la santidad personal, como nos lo repite insistentemente San Pablo: “haec est voluntas Dei: sanctificatio vestra” (1 Thes 4, 3), ésta es la Voluntad de Dios: vuestra santificación. No lo olvidemos, por tanto: estamos en el redil del Maestro, para conquistar esa cima»⁴⁵. O, como se ha comentado al respecto: «La promesa divina se ha realizado ya. Y de una precisa —y gratuita— manera: no como un cumplimiento accidental, ni siquiera como una criatura, sino según el Ser Personal de Dios Hijo. Es la encarnación del Verbo, su vida y su muerte redentoras. Toda la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer viene de la contemplación de este Misterio Central de la Fe»⁴⁶.

Como se desprende de lo anterior, en el Beato Josemaría, a la base de la teología del Verbo —en la que se expresa el designio salvífico de Dios— se halla la experiencia vivida, en la oración y en la meditación, de la Persona de Cristo. Pudiéndose aseverar que su discurso procede a la inversa de la teología natural; pues no intenta desentrañar el enigma del mundo y el misterio del hombre con la ayuda de la razón discursiva⁴⁷. Antes bien, desde la noción bíblica de un mundo creado por el Dios trascendente y la revelación de la encarnación del Hijo de Dios, ha enriquecido la comprensión de este dato de la fe cristiana a la luz del carisma de un Fundador, y no desde la deducción exclusivamente filosófica. «Nuestra lógica humana no sirve para explicar las realidades de la gracia»⁴⁸, ha señalado con seguridad.

Ciertamente, la contemplación del misterio de la fe insta a su vez al ser humano a ahondar en su contenido; no con el fin de racionalizar lo que deja reducirse a la lógica de nuestro discurso, sino con la finalidad de hacerlo vida en la vida racional humana: «Necesitamos aceptar el misterio por la fe y, también por la fe, ahondar en su contenido. Para esto nos hacen faltas las disposiciones humildes del alma cristiana: no querer reducir la grandeza de Dios a nuestros pobres

⁴⁵ *Amigos de Dios*, 2. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 1-3.

⁴⁶ L. POLO, *El concepto de vida en Mons. Escrivá de Balaguer*, «Anuario Filosófico», 18/2 (1985), 23.

⁴⁷ «Las *Homilias* no constituyen un tratado teológico, en el sentido corriente de la expresión. No han sido concebidas como un estudio o una investigación sobre temas concretos [...]. Pero esos pensamientos y consideraciones están tejidos en el conocimiento asiduo, amoroso de la Palabra divina», A. DEL PORTILLO, *Presentación a: Es Cristo que pasa*, Madrid 1980¹⁷, p. 12.

⁴⁸ *Es Cristo que pasa*, 3.

conceptos, a nuestras explicaciones humanas, sino comprender que ese misterio, en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres»⁴⁹.

Por el contrario, la razón que en su legítimo ejercicio no cuenta con la fe, se vuelca por entero al escudriñamiento de este mundo, lo cual le impide descubrir en él el rostro de Dios; tratándose esta de una razón encorvada sobre sí misma⁵⁰, autoafirmándose en la independencia de su finitud; «es una tentación sutil, que se ampara en la dignidad de la inteligencia, que Nuestro Padre Dios ha dado al hombre para que lo conozca y lo ame libremente. Arrastrada por esa tentación, la inteligencia humana se considera el centro del universo, se entusiasma de nuevo con el *seréis como dioses* (Gen 3, 5) y, al llenarse de amor por sí misma, vuelve la espalda al amor de Dios»⁵¹. Es esta la razón de la modernidad, en cuyo discurso apartó la verdad y la guía de la fe, considerándola como un impedimento para la autonomía de su acción. El hombre se convierte en sujeto cognoscitivo, haciendo experiencia —ya en las puertas del idealismo— de la absolutez de su conocimiento, lo cual ha de conducir a una cierta divinización de la razón humana. En consecuencia, la libertad humana fue entendida como un obrar en el alejamiento del Absoluto creador. Lo ha recordado asimismo con insistencia el Beato Josemaría al hablar de este tema, el de la libertad, tan presente en toda su doctrina, y sin el cual no podría comprenderse su mensaje: «Hay hombres que no entienden, que se rebelan contra el Creador [...], que repiten ciegamente la queja inútil que recoge el Salmo: “rompamos sus ataduras y sacudamos lejos de nosotros su dominio” (Ps 2, 3). [...] Un comportamiento así se opone a la categoría propia, a la nobleza de la persona humana. Falta la ruta, el camino claro que informe los pasos sobre la tierra»⁵². Se trata de la razón y de la libertad en su incansable búsqueda de sentido y de finalidad, que, tras la época de la Ilustración dieron paso a las concepciones pragmatistas, existencialistas y de las filosofías del nihilismo, que proclamaron la oscuridad, la desorientación y el sinsentido de la soledad del hombre sin Dios. Frente a esta concepción, el Beato Josemaría ha insistido en la claridad de la luz que ilumina al hombre desde la fe: «Si dejamos entrar en nuestro corazón la llamada de Dios, podemos decir con verdad que no caminamos en tinieblas, pues por encima de nuestras miserias y de nuestros defectos personales, brilla la luz de Dios, como el sol brilla sobre la tempestad»⁵³.

⁴⁹ *Ibidem*, 13.

⁵⁰ Cfr. sobre este tema: A. LLANO, *Subjetividad moderna y acción trascendental*, y: T. MELENDO, *El acto filosófico primero*, en: VV.AA., *Razón y libertad. Homenaje a Antonio Millán-Puelles* (coordinado por R. ALVIRA), Madrid 1990, pp. 63-74 y 75-86, respectivamente.

⁵¹ *Es Cristo que pasa*, 6.

⁵² *Amigos de Dios*, 28-29.

⁵³ *Es Cristo que pasa*, 45. Cfr. la cita en este lugar de *Ioh* 8, 12: «Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina a oscuras, sino que poseerá la luz de la vida», y de *Rom* 13, 11-12 en el

Para percibir esa luz, más, para poder llegar a considerar la realidad entera a la luz de la claridad divina, es necesario que la razón humana reconozca en sí misma su dependencia de criatura. De ahí la denuncia de la actitud farisaica, que implica «encerrarse voluntariamente en sí mismos»: es la actitud del que «creyéndose luz, no deja que Dios le abra los ojos»; mientras que la renuncia a la autosuficiencia de la razón y la aceptación de que la luz del intelecto es una participación de la luz divina, permite percibir en la claridad las realidades terrenas, y entonces «vislumbraremos las eternas con una luz nueva, la luz de la fe: habremos adquirido una mirada limpia»⁵⁴.

No implica lo anterior que el hombre que vive de fe deba desentenderse de desentrañar el profundo sentido que configura el mundo, hechura del Creador. Por el contrario, la predicación sobre la grandeza de la vida corriente, la llamada universal a la santidad en el quehacer ordinario de cada jornada, lleva implícito el que la razón humana se aplique con denuedo a una comprensión cada vez mayor del mundo que Dios ha propuesto para su dominio y elevación: «El cristiano ha de tener hambre de saber. Desde el cultivo de los saberes más abstractos hasta las habilidades artesanas, todo puede y debe conducir a Dios. Porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean. La luz de los seguidores de Jesucristo no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña»⁵⁵.

En efecto, el Beato Josemaría ha tenido muy en cuenta en nuestros días que el hombre que vive de esta fe es al mismo tiempo un hombre que busca la verdad⁵⁶; por ello en ningún momento ha despreciado el recto uso de la razón que se esfuerza por desentrañar la verdad que yace en todas las cosas del mundo. De ahí que sea necesaria una «preocupación general del alma fiel por alcanzar la más

n. 4 de la misma obra, o de *Eph* 5, 8-10 en el n. 58, todas ellas referidas a la luz que esclarece y guía la vida de la fe en Cristo. Sobre este uso de la tradicional “metáfora de la luz” en la obra del Beato Josemaría, ha hablado A. Aranda, en su artículo, ya citado, *Perfiles teológicos de la espiritualidad del Opus Dei*, esp. pp. 94-96.

⁵⁴ *Es Cristo que pasa*, 71. «Somos la oscuridad, y Él es clarísimo resplandor», *ibidem*, 80.

⁵⁵ *Es Cristo que pasa*, 10. Se trata este de un tema muy presente en la obra de Mons. Escrivá de Balaguer, estrechamente relacionado con la cuestión de la autonomía de lo temporal, que no confunde lo natural con lo sobrenatural; tal como se pone de manifiesto el siguiente artículo: E. REINHARDT, *La legítima autonomía de las realidades temporales*, «Romana», Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, 1997, pp. 299-316.

⁵⁶ Cfr. el comentario a esta consideración de la que habla asimismo Juan Pablo II en el n. 31 de *Fides et ratio*, llevado a cabo por: J.A. García Cuadrado, en su artículo: *Claves antropológicas de la Fides et ratio*, en: J. ARANGUREN - J. BOROBIA - M. LLUCH (eds.), *Fe y Razón*. Actas del I Simposio Internacional. Fe cristiana y cultura contemporánea. Organizado por el Instituto de Antropología y Ética de la Universidad de Navarra. Pamplona 1999, pp. 297-310.

profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador. [...] Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza (Gen 1, 26) y le ha dado una chispa de luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de la elevación al orden de la gracia»⁵⁷. En última instancia, este ejercicio de la razón iluminada por la fe lleva al descubrimiento de la presencia invisible de Dios en lo visible del mundo y del hombre. Se ha escrito al respecto que «hablaba el Fundador del Opus Dei de un *algo divino* que existe ocultamente en las cosas y que hemos de descubrir en nuestra relación con ellas»⁵⁸. Donde se trata en definitiva, del descubrimiento del ser y de la verdad de las cosas, que responden al pensamiento divino sobre ellas, a su eterna proyección en el Logos⁵⁹. Conocimiento este que no culmina en el mundo ni en un autoconocimiento de la razón, sino en el reconocimiento de la finalidad divina de todas las realidades humanas; lo cual conlleva una dimensión práctica de la que el Beato Josemaría ha proclamado su novedad en la actualidad: «Hemos de amar el mundo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo Unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios»⁶⁰. En el Beato Josemaría, esta verdad de fe es

⁵⁷ *Es Cristo que pasa*, 10.

⁵⁸ A. ARANDA, *Perfiles teológicos*, cit., p. 103. «Hay un *algo* santo, divino, escondido en las situaciones comunes, que toca a cada uno de nosotros descubrir», *Conversaciones*, 114.

⁵⁹ La filosofía clásica ha explicado este asunto con nitidez: «Cuando se investiga si las cosas son con más verdad en sí mismas que en el Verbo, es necesario distinguir; porque [la expresión] ‘con más verdad’ puede designar la verdad de la cosa o la verdad de la predicación: si designa la verdad de la cosa, entonces sin duda es mayor la verdad de las cosas en el Verbo que en sí mismas. En cambio, si designa la verdad de la predicación, ocurre lo contrario: pues ‘hombre’ se predica con más verdad de la cosa que existe en la propia naturaleza que de la que existe en el verbo; pero esto no es por un defecto del verbo, sino por su supereminencia», TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q. 4: “De Verbo”, a. 6, *resp.* Cfr. como comentario al respecto: TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate. Cuestión 4: El Verbo*. Introducción, traducción y notas de M.J. Soto Bruna, Pamplona 2001.

⁶⁰ *Es Cristo que pasa*, 112. Así se ha expresado al respecto J.L. Illanes: «Entonces entendió que Cristo quiere ser levantado sobre la tierra, ser llevado a toda la tierra y a las más variadas actividades cristianas, a través de los cristianos, que identificados con Él, formen una sola cosa con Él, lo hagan presente en las encrucijadas de la historia humana», J.L. ILLANES, *El cristiano, ‘alter Christus – ipse Christus’*. Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá de Balaguer, en: *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. D. José M^o Casciaro*, dir. por: G. ARANDA - C. BASEVI - J. CHAPA, Pamplona 1994, p. 608.

transmitida en un horizonte de racionalidad, en el cual la razón humana es comprendida en su ligazón a la luz del Logos divino.

Ciertamente, cuando se trata de las realidades divinas, todo nuestro conocimiento es creatural, pues depende de la propia condición de creado del intelecto humano, y de que el acceso al Absoluto tiene a lo creado como punto de partida⁶¹. No obstante, el hablar humano sobre Dios no se reduce a un metafórico simbolismo carente de racionalidad⁶². Antes bien, por su propia constitución, el entendimiento humano —que toma de los sentidos el material para el conocimiento intelectual— puede advertir en las cosas sensibles su procedencia eterna y atisbar a partir de ahí también «aquellas cosas que la mente humana no es capaz de contemplar en sí mismas»⁶³; pudiendo entonces establecer valoraciones estrictamente racionales sobre aquello que, en última instancia, pertenece al misterio.

Además, Dios mismo se ha revelado al hombre. La Revelación divina a través de las Sagradas escrituras, de hecho, ha sido dada a conocer a los hombres empleando palabras cuya significación habitual atañe a realidades humanas. Pues nociones que expresasen la realidad divina en sí misma, resultarían incomprensibles para nuestra inteligencia⁶⁴. A partir de esta proposición puede entenderse que Dios y su mensaje no resultan una suerte de concepto-límite para la razón humana, ante el cual tuviera ésta —al decir de I. Kant— que volverse sobre sí misma, advertida de la ilusión que supone hallar un más allá de sí; del mismo modo que la criatura no resulta un concepto-límite para la teología, en el afán suyo de hacer inteligible su hablar de Dios. Por el contrario, la fe que anima a la comprensión, junto con la razón del hombre que acepta la luz y la guía de la fe, que vive de fe, permiten desentrañar la más profunda verdad sobre la obra entera de la creación, la cual revela entonces su ligazón a la auténtica trascendencia, a

Cfr. P. RODRÍGUEZ, 'Omnia traham ad meipsum'. Il significato di Giovanni 12, 32 nell'esperienza spirituale di Mons. Escrivá de Balaguer, «Annales theologici», 6 (1992), 5-34, trad. castellana: 'Omnia traham ad meipsum': El sentido de Juan, 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, Romana, Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, 1997, pp. 249-276.

⁶¹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra gentes*, lib. I, cap. 36; *Summa theologiae* I, q. 2, a. 2, ad 3.

⁶² Cfr. P.L. CIAPPI, *Valore del simbolo nella conoscenza di Dio*, «Sapienza», 1 (1948), 49-61; B. MONDIN, *La expresión del misterio revelado en el lenguaje humano*, «Scripta Theologica», 24/3 (1992), 813-837; J.L. ILLANES, *En torno al concepto de revelación y las categorías que permiten expresarlo*, en: VV.AA., *Dios en la Palabra y en la Historia*, cit., pp. 117-126.

⁶³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles*, lib. III, cap. 119.

⁶⁴ Cfr. SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, I, 1, 2 (PL, 42, 821).

lo sobrenatural⁶⁵: «La voluntad se fortalece, la inteligencia —ayudada por la gracia— penetra de realidades sobrenaturales las realidades humanas»⁶⁶.

Penetrar las realidades humanas de realidades sobrenaturales significa precisamente descubrir la presencia de Dios en el mundo, presencia que debe afirmarse tras una comprensión profunda de la realidad de la creación; teniendo en cuenta que la razón metafísica no puede admitir otra relación entre lo finito y lo infinito sino aquella que se funda en la participación del ser y que conlleva la causalidad creadora⁶⁷. Ligazón a la trascendencia no significa por tanto concebir una suerte de dualidad de mundos, en uno de los cuales se encontraría una realidad como la nuestra, ante cuya transparencia la nuestra perdería su consistencia — como interpretó en muchas ocasiones el racionalismo moderno en su versión esencialista de la metafísica. Nada más lejano al mensaje espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, quien ha enseñado continuamente la unión de lo divino y lo humano, que se realiza, sin duda, a través de la vida de la gracia⁶⁸. Es entonces cuando el tiempo nuestro cobra una nueva dimensión: la dimensión de la eternidad, y lo finito se encuentra transido de infinitud⁶⁹. Pues, en efecto, «desde su ser en el más allá del tiempo —mejor, sin tiempo—, Dios está presente en el discurrir del acontecer humano, en el desarrollo de su historia y de nuestras vidas. [...] El Creador se revela como Dios que se acerca a los hombres, camina junto a ellos y actúa en su existencia, en esa existencia caracterizada por una constante sucesión de cambios que medimos precisamente con el tiempo. Dios eterno se hace presente e interviene en la historia humana»⁷⁰.

Dentro de este ámbito de colaboración mutua entre la razón y la fe, hay que tener en cuenta —lo cual está muy presente en los escritos del Beato J. Escrivá de Balaguer— que la revelación neotestamentaria de la encarnación del Verbo

⁶⁵ A. Aranda ha señalado que, en la doctrina del Beato Josemaría, resulta fundamental «la afirmación de la íntima continuidad entre lo natural y lo sobrenatural», subrayando que este asunto «es, además, una esencial fuente de pensamiento»; así como «la unidad sin confusión y sin fractura entre fe y razón, entre Evangelio y cultura», en *Introducción a: C. FABRO - S. GAROFALO - M.A. RASCHINI, Santos en el mundo*, cit., p. 18.

⁶⁶ *Es Cristo que pasa*, 8. «Piadosos, pues, como niños: pero no ignorantes, porque cada uno ha de esforzarse, en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico, de la fe», *ibidem*, 10.

⁶⁷ Cfr. sobre este tema en Tomás de Aquino: A.L. GONZÁLEZ, *Ser y participación. Estudio sobre la cuarta vía de Tomás de Aquino*, Pamplona 1995².

⁶⁸ «La presencia de Jesús vivo en la Hostia santa es la garantía, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo», *Es Cristo que pasa*, 102.

⁶⁹ Cfr. esta expresión en: J. L. ILLANES, *Trabajo, caridad, justicia*, en M. BELDA - J. ESCUDERO - J.L. ILLANES - P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo*, cit., p. 233.

⁷⁰ J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Barcelona 2001, p. 183.

—Palabra eterna pronunciada por Dios Padre— ha manifestado al ser humano de un modo definitivo el camino que debe recorrer su inteligencia y su vida misma en la prosecución de la verdad y en su respuesta al requerimiento divino. Pues ya desde el *Prólogo* del Evangelio de San Juan el Verbo se presenta como Logos, esto es, como luz que ilumina las inteligencias: «En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres [...]. Era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre»⁷¹. A este respecto, el Beato Josemaría ha insistido en señalar en numerosos lugares que la luz del Verbo encarnado constituye una certera guía para la inteligencia y la vida de la persona humana; se trata, para él, de «comprender que ese misterio, en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres»⁷². Pues quien vive de esta fe «sabe que su vida sirve, sabe para qué ha venido a esta tierra. “Ego sum lux mundi” —exclamó Cristo—; “qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae” (*Ioh* 8, 12)»⁷³. De ahí que haya podido afirmarse que «en la perspectiva de Mons. Escrivá la profunda significación del mundo creado sólo se encuentra en Jesucristo, y es, por tanto, a la luz de la fe en Él como puede comprenderse el exacto sentido de la existencia humana y de toda realidad terrena»⁷⁴, pues Él es el modelo y el ejemplar para que el hombre, según su más genuina vocación, pueda «adquirir la medida divina de las cosas»⁷⁵.

⁷¹ *Ioh* 1, 4 y 9. Cfr. R. BERNARD, *Jean, le théologien du Verbe incarné*, «Revue Thomiste», 51/1 (1951), 508-552. En este sentido, Tomás de Aquino ha señalado justamente que la caracterización de la Segunda Persona de la Trinidad como Verbo hace referencia a la luz del intelecto: «El Hijo, en cuanto es verbo, es luz y esplendor del intelecto», *Summa Theologiae* I, q. 39, a. 8. También Juan Pablo II ha hablado de claridad del designio eterno presentado en el Evangelio de San Juan: «En el *Evangelio de Juan* se descubre la lógica más profunda del misterio salvífico contenido en el designio eterno de Dios como expansión de la inefable comunión del Padre, del Hijo y del espíritu Santo. Es la *lógica* divina, que del misterio de la Trinidad lleva al misterio de la Redención del mundo por medio de Jesucristo», JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, 11. Ver a este respecto el artículo, ya citado, de L.F. MATEO-SECO, *Cristo, redentor del hombre*, esp. pp. 545-549.

⁷² *Es Cristo que pasa*, 13. «Hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho: “en Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (*Ioh* 1, 4). Hijos de la luz, hermanos de la luz: eso somos», *ibidem*, 66. Cfr. *ibidem*, 71, 77, 80.

⁷³ *Es Cristo que pasa*, 45.

⁷⁴ G. ARANDA, *Gen. 1-3 en las homilias del beato Josemaría Escrivá*, cit., p. 900.

⁷⁵ *Amigos de Dios*, 134: «Hemos de adquirir la medida divina de las cosas, no perdiendo nunca el punto de mira sobrenatural, y contando con que Jesús también se vale de nuestras miserias, para que respandezca su gloria». «Hemos de imitar a Jesucristo, como modelo de conducta», *ibidem*, 135.

3. EL VERBO COMO NORMA Y MEDIDA DE LA IMAGEN

En la doctrina de Mons. Escrivá ese adquirir la “medida divina” de las cosas significa, en última instancia, la plena realización del hombre por la verdad⁷⁶; donde esa verdad sobrepasa —tanto a la luz de la fe vivida, como de su carisma fundacional— la preliminar conformación, según la clásica proposición filosófica, con la realidad y apunta, propiamente, a la apertura a Dios⁷⁷. Apertura que es posible —y en esto hace especialmente hincapié el mensaje del Beato Josemaría— desde el momento en que se considera que la verdad misma, el Verbo eterno del Padre, se ha encarnado en el tiempo; de manera que el propio Dios ha propuesto a la vida humana el paradigma de su Hijo, de su Palabra eterna, para —precisamente— «restablecer la divina concordia de todo lo creado»⁷⁸, para —dicho una vez más— procurar «detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares»⁷⁹.

De lo expuesto hasta ahora, puede desprenderse bien que lo más específico del mensaje del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, esto es, el descubrimiento del sentido divino del quehacer corriente y ordinario de la vida humana, se ha inspirado precisamente en la continua contemplación del misterio del Hijo de Dios, «que se hizo carne y es “perfectus Deus, perfectus homo”, perfecto Dios y perfecto hombre. En este misterio hay algo que debería remover a los cristianos»⁸⁰. «Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo»⁸¹. La

⁷⁶ Sobre la noción de “lo divino” como “medida” en el pensamiento medieval: J. MCEVOY, *The Divine as the Measure of being in Platonic and Scholastic Thought*, «Studies in Medieval Philosophy», (1986), 85-116; y el comentario a este tema en Tomás de Aquino: A. RAMOS, *Aquinas on Measure*, “pro manuscrito”, a quien agradezco sus referencias al respecto.

⁷⁷ Cfr. J.L. ILLANES, *Antropocentrismo y teocentrismo*, cit., p. 658.

⁷⁸ *Es Cristo que pasa*, 65. «Por eso os repito hoy con San Juan: “Ved qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto” (1 Ioh 3, 1). Hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne», *Es Cristo que pasa*, 66.

⁷⁹ *Conversaciones*, 119.

⁸⁰ *Es Cristo que pasa*, 13.

⁸¹ *Idem*, 20. Ciertamente, son ya muy numerosos los testimonios y los estudios que han puesto de relieve el lugar central que ocupa la contemplación del misterio de Cristo en el mensaje espiritual del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y no constituye, propiamente, objeto de desarrollo para nuestra actual investigación. Para una profundización en ese asunto pueden ser consultados los siguientes estudios: F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL - P. BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1995; A.

luz del Verbo encarnado es aquí el foco que ilumina la comprensión de la persona humana, de su finalidad y vocación originaria, y de su ser en el mundo.

A partir de la consideración anterior, en los últimos años ha sido señalado incisivamente que su pensamiento responde a una teología cuyo esquema de espiritualidad es esencialmente cristocéntrica: «El pensamiento de Josemaría Escrivá —se ha dicho—, si se atiende a lo que manifiestan sus escritos de carácter espiritual y pastoral, debe ser descrito como esencialmente cristocéntrico. El misterio del Dios-Hombre constituye la trama sustentadora principal [...] de su discurso»⁸²; señalando a su vez que tal hermenéutica cristológica constituye la clave para entender la hermenéutica antropológica de su pensamiento. Clave antropológica que, como se ha explicado anteriormente, se inicia, se despliega y se consume en una concepción de la persona humana como salida de Dios “a imagen” suya; y donde la orientación de su vida en el tiempo viene dada según el modelo del Verbo encarnado⁸³, para que «nuestra vida, en medio de nuestros quehaceres, sea reflejo de la suya»⁸⁴.

De ese modo, el ser imagen que constituye a la persona humana es comprendido a través de una esencial dinamicidad; pues es una imagen, como expresó ya San Agustín, siempre necesitada de reforma en su peregrinar terreno⁸⁵, hasta que cumpla su identificación espiritual con el Modelo; lo que el Beato Josemaría ha caracterizado con la expresión “ipse Christus”: «Para ser *ipse Christus* hay que *mirarse en Él*. No basta tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz»⁸⁶. Este aprendizaje y esta imitación requieren, no ya sólo la comprensión racional de la verdad sobre el hombre, sino, sobre todo, el recto uso de una libertad com-

ARANDA, *El cristiano, 'Alter Christus, ipse Christus' en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, «Scripta Theologica», 26/2 (1994), 513-570.

⁸² A. ARANDA, *El cristiano, 'Alter Christus, ipse Christus'*, cit., 514. Sobre el término y el concepto *cristocentrismo*, la excelente investigación, del mismo autor: *El cristocentrismo de la espiritualidad cristiana*, en: G. ARANDA - C. BASEVI - J. CHAPA (dir.), *Biblia, exégesis y cultura*, cit., pp. 623-649.

⁸³ Cfr. C. FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia*, cit., p. 60. «Todo se hace aspiración a Dios en el cristiano que vive su filiación divina en comunión con la Trinidad Beatísima del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, con la mirada siempre puesta en el Modelo Jesucristo», *ibidem*, p. 62.

⁸⁴ F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL - P. BETETA, *Hijos de Dios*, cit., p. 69.

⁸⁵ R. JAVELET, *La réintroduction de la liberté dans les notions d'image et de ressemblance, conçues comme dynamisme*, en: A. ZIMMERMANN (ed.), *Der Begriff der Repraesentatio im Mittelalter*, «Miscelanea Medievalia», 8, Berlín-Nueva York 1971, pp. 1-34.

⁸⁶ *Es Cristo que pasa*, 107.

prometida con la verdad⁸⁷. La libertad de la imagen no es entonces una suerte de espontaneidad creadora que le permitiera autoafirmarse en la alteridad; antes bien, índice de su dignidad, se halla ligada a la *ratio* de las cosas, al Logos que regula el universo creado: «Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar»⁸⁸. Y, justamente a través de la realización de las diversas posibilidades según el orden de la verdad, la persona humana accede a la unión personal, no solamente intelectual, con el Verbo propuesto como modelo⁸⁹: «Entonces, si procuramos imitarle, se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador, sin desfigurarlo, sin caricaturas, y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo»⁹⁰.

En definitiva, la contemplación de la verdad y del misterio de Cristo, del Verbo hecho hombre, lleva a la comprensión de que la actividad del ser humano sobre esta tierra consiste en “realizar” el cosmos de acuerdo con esa verdad⁹¹. Camino este a través del cual la persona cumple su vocación originaria, su llamada a ser imagen y semejanza. Tal como se desglosa a partir de la enseñanza del Evangelio: al final del día, «todos reciben un denario: “El salario que te había prometido, es decir, mi imagen y semejanza. En el denario está incisa la imagen del Rey”. Esta es la misericordia de Dios, que llama a cada uno según sus circunstancias personales»⁹². Doctrina, ciertamente, que culmina en una escatología que es fundante con respecto de la verdad de la persona humana; y donde se hace necesario recordar que Dios no es solamente el hacedor del hombre, sino Padre,

⁸⁷ A. MILLÁN PUELLES, *Amor a la libertad*, en: VV.AA., *Homenaje a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona 1986, pp. 26-53.

⁸⁸ *Es Cristo que pasa*, 99.

⁸⁹ Cfr. J. STÖHR, *La vida del cristiano según el espíritu de la filiación divina*, «Scripta Theologica», 24/3, (1992), 879-893, esp. p. 885: «No puede quedarse en una simple imitación externa de su ejemplo, sino que debe consistir nada menos que en identificarse plenamente con el propio “ser en Cristo”»; y: F. OCÁRIZ, *Vocación a la santidad*, cit., p. 37.

⁹⁰ *Amigos de Dios*, 299.

⁹¹ Se precisa para ello la vida de la gracia y la acción del Espíritu Santo; especialmente, el don de sabiduría «que, al hacernos conocer a Dios y gustar de Dios, nos coloca en condiciones de poder juzgar con verdad sobre las situaciones y las cosas de esta vida», *Es Cristo que pasa*, 133. Cfr. sobre este tema en Tomás de Aquino: C. GONZÁLEZ AYESTA, *El don de sabiduría según santo Tomás: divinización, filiación y connaturalidad*, Pamplona 1998.

⁹² *Amigos de Dios*, 42. Cit. de: San Jerónimo, *Commentariorum in Mattheum libri*, 3, 20 (PL, 26, 147).

por lo cual hace a la persona partícipe —de modo misterioso— de la naturaleza divina. Entonces, «el sentido divino de todo lo que sucede o puede suceder en nuestra vida es este: forma parte de la llamada a la casa del Padre. La filiación divina tiene una dimensión escatológica precisa: nos hace comprender con luz nueva que lo definitivo vendrá después de la muerte; que lo de ahora, siendo ya una realidad, todavía no ha alcanzado su plenitud, la plenitud de la gloria de los hijos de Dios. Todo en esta vida, también el sufrimiento, nos está diciendo que ‘Cristo nos espera’. Vivimos ya como ciudadanos del cielo, siendo plenamente ciudadanos de la tierra»⁹³. Puede considerarse finalmente que esta llamada de atención, en nuestros días, sobre la dimensión de eternidad que posee la vida humana, tanto en lo que se refiere a su origen, como a su destino final, constituye —como dijimos al comienzo de este artículo— un foco de orientación y de claridad para comprender el sentido, la intención última del ser y del actuar de la persona humana. Tarea ésta que tanto ha ocupado al pensamiento contemporáneo tras la crisis de la modernidad; y que únicamente puede hallar los cánones para una adecuada articulación racional si introduce en su argumentación esa dimensión de trascendencia que otorga al mundo y al hombre la medida del Logos divino, en el cual y conforme al cual han sido hechas todas las cosas.

⁹³ F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en: F. OCÁRIZ - I. DE CELAYA (eds.), *Vivir como hijos de Dios*, cit., p. 77.